

IN MEMORIAM

PINO TOSCA

No me resulta fácil escribir de Pino Tosca en su inesperada y prematura desaparición de entre las filas de la Iglesia militante. Aunque, bien mirado, ¿es que alguna lo es? ¿No llevamos ese signo asociado a un tiempo, aunque aquél lo olvidemos con tanta frecuencia, quizá a cuenta de que éste nos es desconocido? No tuve trato frecuente con Pino Tosca. Primero lo tuve epistolar y aun antes lo conocí por su obra y por su fama. Entre los recuerdos de los amigos italianos de Elías de Tejada aparecía frecuentemente Pino Tosca. Junto con Piero Vassallo, Paolo Caucci y —sobre todo— Silvio Vitale. Con ellos, aunque no sólo, puso en marcha la sección italiana de la *Philippo II*, la asociación internacional de iusnaturalistas hispánicos «Felipe II», creada de resultas de las I Jornadas Hispánicas de Derecho Natural, celebradas en Madrid en 1972. Sin olvidar a los de otras empresas coincidentes, al menos convergentes, en la defensa de la cosmovisión del catolicismo tradicional y aun tradicionalista, como Giovanni Cantoni, Marco Tangheroni, etc., y a los que nuestro maestro también conoció y estimó.

Mis amigos italianos, pues muy pronto comencé por mi cuenta a hacer de Italia «mi ventura», sólo parcialmente coincidían, aunque en un segundo momento comencé a cultivar los del maestro. Así, al trato cordialísimo precisamente con Cantoni y su «escuela», o quizá mejor su «bandera» (el mencionado Tangheroni, Mauro Ronco y Attilio Tamburrini, entre otros), y también con sus —dicho sea sin el menor ánimo polémico, con la sola intención de situar fácilmente a las personas en el siempre complejo cuadro de un universo marcado por grandes concordancias y sutiles matices, por cierto no sin importancia— «disidentes» (Roberto de Mattei, Agostino Sanfratello, Maurizio Dente), todos, unos y otros, grandes amigos, yo había añadido a los hombres del Instituto Rosmini, para ser más exactos del Instituto Internacional de Estudios Europeos «Antonio Rosmini» —pues no se trata de un instituto rosmignano sino solamente acogido al nombre prestigioso del roveretano, que no es lo mismo— de Bolzano. Del entorno de Bolzano, sobre todo, al lado de

simpatías –intelectuales, claro está– *lato sensu*, como con el pugnaz y agudo Claudio Finzi y el vital Marco Balzarini, la mayor coincidencia se produjo con el padre Dario Composta, el iusfilósofo Francesco Gentile, el constitucionalista Pietro Giuseppe Grasso y, sobre todo, con el director del Instituto, Danilo Castellano.

Don Composta, fino moralista, con ensayos notables de filosofía del derecho, hispanista, bondadoso y accesible, es sobre todo un sacerdote anclado en la tradición de la Iglesia, también en la litúrgica, con el que el espíritu se remansa. Francesco Gentile encarna la brillantez italiana, pero no la de opereta, sino la auténtica, en la que la palabra acierta a expresar las reflexiones más hondas y complejas en todos sus matices, en una fusión que permite la comunicación del ser por medio del conocer, expresado en la palabra. Es un prodigio de fuerza y agudeza al servicio de la filosofía clásica, que es la cristiana. Y ahí están sus reflexiones que contraponen «inteligencia política» y «razón de Estado», o las que indagan el ser del derecho, como ordenamiento, entre la «virtualidad» y la «realidad», esto es, entre la «geometría legal» y la «naturaleza de las cosas». Pietro Grasso es el iuspublicista a quien su formación no ha impedido –como tantas veces ocurre en este campo del conocimiento con inteligencias potentes– descubrir la mediación del derecho constitucional respecto del derecho político y, en definitiva, respecto de la filosofía del derecho y de la política. Basten como prueba sus ensayos sobre la reforma institucional y, sobre todo, sobre el laicismo de la Constitución italiana –más ampliamente podría decirse del mismo constitucionalismo–, con la denuncia de la democracia cristiana como sedicente partido de la unidad de los católicos que ha sido en realidad el más poderoso agente secularizador y descristianizador de la Italia contemporánea. Danilo Castellano, finalmente, es la solidez de la formación, la profundidad en la captación de los aspectos teóricos y de las consecuencias prácticas de la experiencia, y la falta de contemplaciones –entreverada con una cortesía exquisita y una ingenuidad y bondad conmovedoras para el acercamiento personal– en el razonamiento y la discusión. Finalmente, Castellano es el *manager* que permite la convivencia y no solamente la coexistencia de estilos bien diferentes y sensibilidades muchas veces opuestas. Sólo quienes sabemos lo que es organizar y poner nuestro tiempo al servicio de los demás, podemos calibrar cabalmente el sacrificio y el mérito de tal tarea, a la que, en honor a la verdad debe añadirse, los antes mencionados ponen de su parte también buenas dosis de comprensión y buena voluntad.

Pero entre los amigos de Elías de Tejada, mis primeros amigos italianos y mis ahora entrañables amigos del grupo de Bolzano hay diferencias más que notables. Y como quiera que, más allá de los acomodamientos y las cautelas que la buena crianza impone, vengo cultivando un tradicionalismo católico de cuño hispánico bien exigente, como el que Elías de Tejada predicaba incluso de modo maximalista, pero del que luego a veces se olvidaba en algún punto,

de modo que he integrado su magisterio —lo he dicho otras veces— con el de hombres en algunos puntos más seguros como Rafael Gamba, o más sugestivos en su problematicidad, como Alvaro d'Ors, o más comprensivos en su captación, como Juan Vallet de Goytisolo, se entenderá que algunas dificultades pudieran haber surgido en la integración de las diferentes tendencias de mis grupos de amigos italianos. En efecto, por una parte, aparece la vinculación con el quehacer intelectual: mis amigos del Instituto Rosmini son profesores universitarios y su actividad, por más que apostólica, se desarrolla en la Academia, mientras que tanto la milicia de *Alleanza Cattolica* y los que antes he denominado sus «disidentes» como el conglomerado tejadiano por lo general —pues también encontramos entre ellos profesores, pero no son los que dan el tono a la aproximación intelectual— se han consagrado a tareas más de divulgación, tanto polémica (apologética) como afirmativa (catequética). Sin embargo, no me parece que sea éste el motivo principal de distanciamiento espiritual entre los grupos, por más que en algunos casos constituya una efectiva barrera para la comunicación. Pero es que, a lo anterior, se ha unido la tensión entre —de un lado— el rigor intelectual, aplicado también a las consecuencias y derivaciones prácticas, que es probable fuera injusto motejar simplemente como «de escuela», y —de otro— un cierto eclecticismo de fuentes ponzoñosas y puras, todas revueltas, en beneficio —se pensaba— de la acción cultural y política común que se juzgaba más eficaz en la coyuntura histórica.

En tal sentido el grupo que acabo de llamar tejadiano es el paradigma de la última actitud, y muchos de sus representantes, a comenzar por los más auténticos y entregados sincera y generosamente, podían creerse en sintonía total con el maestro pero en realidad conectar tan sólo con él en algunas de sus pulsiones intelectuales o vitales, mientras permanecían alejados en realidad de la comprensión teórica del sistema, si es que puede hablarse así, del pensamiento tradicional. El significado del elemento católico, no sólo como un elemento cultural, pero tampoco como simplemente personal, sino también como el eje fundamental de toda la especulación y de la acción del tradicionalismo, es uno de los grandes asuntos que podríamos ofrecer como ejemplo en un debate sincero, abierto y amistoso. Pero aparecerían muchos otros, y no sólo los derechamente derivados del mismo, como la colaboración con el que Pino Tosca —y desde luego no es el único— ha llamado en su libro notable en cuanto a la información y valioso respecto del juicio, aunque no ajeno a ese cierto eclecticismo a que acabo de referirme, *El cammino della Tradizione. Il tradizionalismo italiano (1920-1990)*, «tradicionalismo acatólico», singularmente el de tono gnóstico o pagano, sino otros situados ya en órbitas más lejanas, aunque si se quiere no absolutamente ajenas, tales como la relación del Estado con el resto de las formas sociales o incluso ciertos juicios sobre la historia reciente, a comenzar por el significado del fascismo. En tal sentido, un Elías de Tejada

nada proclive en su madurez a componendas con cualquier debilidad en el enjuiciamiento sea de la doctrina de cuño orteguiano y la actitud reactiva típicamente fascista del fundador de la Falange, más aún en otros de sus más conspicuos dirigentes, sea en lo que toca a las colaboraciones con el régimen de Franco, sólo retorciéndose podía participar de tantas de las opiniones y acciones de tantos de sus amigos italianos.

Pino Tosca se encuentra entre los que captó agudamente algunas de las contradicciones latentes, no sé si explicitadas, y en su libro antes citado destaca la frase puesta por Elías de Tejada en un capítulo inicial añadido de propósito a la versión italiana de *La monarquía tradicional* —que vio la luz por vez primera de la mano de Giovanni Cantoni y que acaba de ser reeditado con un prólogo póstumo de Pino Tosca—, según la cual el fascismo habría consistido en un anhelo tradicionalista a la postre fallido porque no alcanzó a ser doctrina tradicionalista. Juicio, discúlpese, benévolo, quizá en atención al auditorio a quien sabía se dirigía, pues no se trataba sólo —me parece— de un contraste entre el «corazón» (expresamente evocado en el texto tejadiano) y la «cabeza», ya que el propio corazón del fascismo presentaba notables diferencias con el corazón del tradicionalismo, al tiempo que éste no ha pretendido ser tan sólo una doctrina, sino que fue primero una vivencia, la del orden cristiano que ante la agresión primero absolutista y luego sobre todo liberal reaccionaria con la defensa de cuanto quedaba de sano y con la aplicación de los principios de la filosofía cristiana a los nuevos tiempos para oponer al error la verdad, a la ideología la filosofía. Esto es, y Pino Tosca lo ve, y lo explica, aunque en algún punto se contradiga, el tradicionalismo también se separa de la contrarrevolución en cuanto ésta consciente o inconscientemente dé prioridad a la revolución sobre el orden, aunque sea para combatir aquélla y defender éste. Es el orden el que fue desconocido por la revolución y el que por lo mismo debe combatirla. El profesor Danilo Castellano, desde su rigor imponente, lo ha destacado muy agudamente, polémicamente contra la democracia cristiana y contra quienes, contrarrevolucionarios no sólo de buena fe, sino incluso de sana doctrina, cree se han subordinado a una lógica «anti», principalmente anticomunista, que ha impuesto la aceptación de mejor o peor grado, pero la aceptación, de la ideología liberal. Constatación que quizá se pueda predicar no sólo del grupo de amigos de Elías de Tejada a que vengo refiriéndome, sino también a otras importantes iniciativas *formaliter* contrarrevolucionarias. De ahí algunas críticas muy pertinentemente formuladas por Castellano en su muy interesante artículo sobre «La derecha católica italiana», publicada en apéndice a *L'ordine della politica*.

El influjo de Elías de Tejada sobre el panorama intelectual y político de la derecha italiana fue, en todo caso, saludable. Y, en unos casos, contribuyó a fortalecer el elemento católico, mientras que en otros depuró algunas tesis políticas y en los últimos, por fin, aclaró sutiles juicios históricos. El capítulo

que le dedica Pino Tosca en su libro varios veces citado, o las páginas que ha escrito Piero Vassallo, por ejemplo en *Pensieri proibiti*, lo demuestran a las claras. Es probable que si la muerte nos nos hubiera arrebatado al maestro extremeño en plena madurez, poco tiempo después de que pusiera en marcha no sólo su esfuerzo teórico de síntesis, con el *Tratado de filosofía del derecho*, y es de suponer también que con el completamiento del puzzle sobre la historia de la literatura política en el mundo hispánico, pues de sus últimos años es *El Franco-Condado Hispánico*, y a escasa distancia igualmente del florecer de sus empresas intelectuales más netas, con el Centro de Estudios Históricos y Políticos «General Zumalacárregui» y con la Asociación Internacional de Iusnaturalistas Hispánicos «Felipe II», los frutos de una siembra abundante y de un trabajo afanoso se hubieran tornado en una cosecha generosa. Pese a que, la parábola evangélica vale también para el orden natural, algunas simientes hubieran caído en la cuneta, otras entre zarzas y algunas en tierra buena.

En este sentido, lo he escrito en otras ocasiones, la escuela universitaria de Elías de Tejada, sin su guía intelectual, sin sucesión neta y con las evoluciones inducidas por la orfandad o por el cambio político, o por ambos, se volatilizó. Apenas a diez años de su muerte la mayoría que poseía en las cátedras universitarias de Filosofía del Derecho no sólo había desaparecido sino que había caído del lado del socialismo. Hoy los restos de aquella sobreviven marginalizados, sin haber recuperado una línea de pensamiento, esto es, simplemente como grupo de poder —en este caso, como se acaba de decir, paupérrimo—, y con tendencia a la desaparición. Pues la renovación generacional en el seno de la común estirpe, y con el hueco de una generación, no se ha producido en esas latitudes, sino a través de la obra de quien, cualesquiera que fueran sus diferencias, y eran muchas, amigo y compañero de promoción, finalmente albacea testamentario y quien ha puesto en marcha la Fundación, tenía presencia propia en el panorama de las letras hispanas, esto es, Juan Vallet de Goytisolo, miembro de dos Reales Academias, la de Jurisprudencia y Legislación —de la que ha sido presidente— y la de Ciencias Morales y Políticas, y que a través de la revista *Verbo* y las reuniones de amigos de la Ciudad Católica ha desarrollado un magisterio convergente con el de Elías de Tejada y que ha dado, dentro de la modestia del mundo tradicionalista en la actualidad, abundantes frutos. Pero también, a través de los amigos esparcidos a lo largo del mundo, en particular el hispánico, que no esperaban de Elías de Tejada, ni de Vallet —pues la mayor parte ha cultivado a ambos, y también a Rafael Gamba, de menor actividad éste, pero de pensamiento finísimo y acrisolado, imperturbable, quizá el filósofo tradicionalista mayor del siglo XX—, posición de ventaja, sino que simplemente ofrecían su servicio a la Causa común de la Hispanidad y de la Cristiandad. Por eso, del lado «militante» de la escuela ha habido también bajas, algunas poco honorables, en todo caso comprensibles por la presión de un medio crecientemente hostil, pero nunca comparables a las del lado «universitario».

Quizá con Elías de Tejada en plena actividad durante veinte años más se hubiera podido afirmar la escuela, y desarrollarse con nuevas adquisiciones, y enriquecerse con enlaces con otras redes. También depurarse en la profundización doctrinal.

Mi experiencia con los que antes llamaba «mis» amigos —y está claro que no pretendo no serlo de los demás grupos, cuya amistad he heredado, y luego cultivado, creo que con mimo, sino que simplemente pone el acento en que en este caso la amistad he debido forjarla yo, con ayudas importantes y crecientes, del propio Vallet y de Estanislao Cantero, Andrés Gamba, Consuelo Martínez-Sicluna, etc.—, por lo general maestros de importantes escuelas, si bien no de la misma magnitud, aunque también con sus disparidades de orientación, es expresiva de cómo se producen ósmosis e influjos recíprocos que contribuyen al enriquecimiento de la casa de pensamiento y acción común. También lo he sentido muy hondamente con amigos del que ha comparecido aquí como segundo grupo en todo momento, y tanto con el penalista Mauro Ronco como con el filósofo Giovanni Turco y con el historiador Roberto de Mattei me he sentido siempre en un toma y daca constante de colaboraciones sinceras, desinteresadas y fundadas en la buena fe y en el querido mejor servicio de Dios Nuestro Señor, de su santa Iglesia Católica y de la Cristiandad como encarnación social del Evangelio.

Y, va llegando el final del exordio, quizá excesivo, pero estas cosas hay que escribirlas alguna vez, lo mismo puedo decir del grupo tejadiano de la primera hora. Paolo Caucci, Silvio Vitale y Pino Tosca, a los tres que he tenido ocasión de tratar, se encuentran entre mis amigos del alma. De hecho, Paolo Caucci, a quien a veces nos gustaría ver más implicado en algunas acciones culturales, sigue convocando con ejemplar perseverancia desde hace más de treinta años —los últimos con la ayuda preciosa del historiador Francesco Maurizio Di Giovine, uno de los grandes valores del panorama tradicionalista italiano, de corazón generoso, valiente, de amplia cultura y convencido de que en el Carlismo se halla el depósito doctrinal más puro de todo el panorama del tradicionalismo— el acto de Civitella del Tronto, donde las boinas rojas y las banderas blancas con la Cruz de San Andrés se mezclan con las del Reino de las Dos Sicilias. Guardo un recuerdo imborrable de la única vez que he podido acudir: de la subida a la fortaleza, como *un via crucis*, de la misa tradicional celebrada en la cumbre, del almuerzo en la ciudad, con la presencia de S. A. R. Doña Urraca de Borbón, de los discursos... Silvio Vitale era saludado por Elías de Tejada como «la voz serena del último tradicionalista napolitano». Yo he tenido la ocasión de gozar de su compañía y de su amistad callada, tímida y sensible —que es otro tipo de napolitano diferente del estereotipo extrovertido habitual, algo que también ocurre con el andaluz, donde junto al chistoso está el senequista—; he podido apreciar su esfuerzo para seguir adelante con la empresa de *L'Alfiere*, y comprobar cómo el páramo florecía, con flores discre-

tas, pero hermosas, donde antes nada brotaba. Desde el punto de vista histórico, y no de otro, que jamás ha pretendido pasar por teórico, Silvio Vitale es el padre de todo el resurgimiento de la *napolitanística* que puede observarse con nitidez hoy en día. Por eso su presencia es insustituible en cualquier manifestación.

Finalmente, Pino Tosca. Conoció joven a Elías de Tejada, quien siempre lo trató cariñosamente. El abundante epistolario que se conserva demuestra la frecuencia del trato y la incesante actividad de Elías de Tejada en Italia en aquellos años de los inicios de la *Philippo II*. Nacido en 1946, en Plasencia, todo el mundo lo hacía de Modugno, junto a Bari, en las Apulias, donde a fines de septiembre de 2000 tuve ocasión de pasar, junto con Andrés Gamba, unos días inolvidables en su compañía. De hecho, una de las características más significativas de su personalidad ha sido su consagración a los asuntos napolitanos *lato sensu*, esto es, del viejo Reino de Nápoles, o sea de la Italia meridional. En concreto, dedicó parte importante de su quehacer a animar la historiografía relativa a las insurgencias antinapoleónicas y a las luchas antirisorgimentales. Yo lo conocí en Nápoles, en la sala de la Hermandad de Antiguos Nobles Españoles de Santiago, en la presentación de un volumen que los queridos amigos de *Il Giglio* habían estampado sobre *Napoli e le Spagne*, a la que acudí desplazándose desde Modugno. Hablamos largamente y convinimos hacer una reunión sobre ese tema, pero con conferencias sobre el carlismo y su doctrina. Se hizo más de un año después, y antes he aludido a ella. El recuerdo que más vivamente ha quedado en mí es el de Pino Tosca animador cultural y líder juvenil. Le veo en el *Centro Tradizione-Comunità*, rodeado de jóvenes, a los que ilustraba y dirigía. Le veo organizando *Convegni* de estudio y creando los premios *Giglio del Sud*, uno de los cuales tuvo la bondad de otorgarme. Le veo encabezando la peregrinación al santuario de San Miguel en el monte Gargano, el día de la fiesta, con boina roja y banderas carlistas y del Reino. Le veo sentado a la mesa durante interminables *pasti*, al almuerzo o a la cena, hablando con todos, pendiente de todo, con una vitalidad extraordinaria. Le veo cantar a voz en cuello canciones carlistas y del *brigantaggio*. Y más discretamente *canzonette* napolitanas. También recuerdo algunas misturas doctrinales y políticas, y su respuesta risueña y escéptica antes mis objeciones.

Años atrás había participado en el lanzamiento de revistas como *La Quercia*, y —siempre activo— sacaba una en formato electrónico titulada *Adsum*. Yo la recibía puntualmente, como recibí al minuto la noticia de su muerte, de parte de una de sus colaboradoras más eficaces, Anna Signorile, que le ha sucedido en la dirección del Centro. Yo me encontraba en Buenos Aires y al consultar mi correo electrónico recibí la mala noticia. Llevaba meses enfermo, pero las últimas informaciones eran optimistas. Después de su muerte me ha llegado el prólogo por él escrito para la reedición de *La monarquía tradicional*, antes aludido. Prólogo lleno de cariño para su maestro y para tantos amigos. No

puedo sino agradecerle la mención a nuestra Fundación y a mi modesto empeño intelectual. Pino Tosca era un hombre de quien podíamos esperar muchas empresas, capaz de atraer muchas vocaciones. Otro hueco más en la trinchera. Confiamos en que sus colaboradores de Modugno continúen su tarea. Y que Pino goce de la paz del Señor.

MIGUEL AYUSO